

Crítica de la Argentina
se comunica con



CRÍTICA DIRECTOR
DE LA ARGENTINA JORGE LANATA

Director: Jorge Lanata / Redacción: Maipú 271, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: 5300-4200 / Mail: info@criticadigital.com / Crítica de la Argentina es una publicación de Papel 2, O.S.A. Presidenta: Dra. Vanesa Pinedo / ISSN 1851-6378 / Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Crítica de la Argentina
se comunica con



El Himno en Roma

“Yo quiero uno de esos”, dice con ingenuidad de niña señalando el póster con el programa de julio del Auditorio Parco Della Música (Parque de la Música). Su nombre está después del de Sinéad O'Connor (su misma manager se había acercado a saludarla al hotel la noche anterior, mientras O'Connor estaba en escena) y antes del de Keith Jarrett. Un segundo después, se levanta de la silla, entra al anfiteatro y siente el rugir de tres mil personas que la aclaman de pie. Es inevitable invocar cierto alborozo milenario en un auditorio semicircular, al aire libre, en Roma. El edificio es imponente y a la vez tiene el desparramo creativo de los italianos. Renzo Piano, que diseñó con estilo tecnológico el Centro Pompidou de París, optó en este caso por tres cascarones gigantes como escarabajos prehistóricos de madera y plomo, en cada uno una sala de concierto y un gran patio interno que revela ruinas romanas.

Se sienta. Un silencio hipnótico acompaña la primera estrofa de “Zamba para no morir”, su voz igualmente milenaria sobre el fondo de un pedal en Fa de la guitarra y el bajo. En la ciudad de apóstoles y emperadores empieza la ceremonia del canto latinoamericano, oficiada por la voz que convirtió canciones de la segunda mitad del siglo pasado en himnos de un continente. Ya hay miradas húmedas en la audiencia. El

viento, que era su preocupación en la prueba de sonido (“me enfría la garganta y además me vuela las hojas”) había transmutado en una brisa imperceptible. “Se paró a escucharte”, le diría después en el camarín. “No”, me dijo, “ésa es mi mamá que siempre me protege”.

En *La canción urgente*, de Teresa Parodi, vuelven a agitarse banderas, no sólo argentinas. Las cronologías hacen de este 9 de Julio una fecha especial. El público lo sabe y entona, entonamos, el cumpleaños feliz. (Hay casualidades –quizá todo hecho significativo lo sea– que se insinúan simbólicas: Cervantes y Shakespeare murieron el mismo día, y ella nació el año en que murió Carlos Gardel.)

El auditorio estalla en *Gracias a la vida*. Invita al joven armoniquista Franco Luciani, que arranca una ovación con la exquisita versión de *Garía a dúo* con Jorge Giuliano, el guitarrista de la banda.

Luego a mí y después a Horacio Molina con quien hace a dúo *Cuando tú no estás* de Gardel y Lepera. Improvisa. Siente el pulso del público.

Le piden otro himno, *El jardín de la República*, que no está en el programa –Martín Zuloaga, el asistente de escenario, acostumbrado y alerta a los cambios, le trae la letra– y lo canta.



ALBERTO ROJO

Días después, la escena habría de repetirse en Milán. Y luego en el Indigo2, de Londres (ámbito del famoso Millennium Show de Peter Gabriel): un público aplaudiendo de pie más de diez minutos, después de un concierto de veintidós canciones. Al día siguiente, *The Guardian* la describiría como “la diva más grande de la Argentina” y subrayaría lo intacto de su voz. Detrás del escenario, Popi Spattoco (pianista y director musical) y Carlos Genoni (bajista) se abrazarían emocionados. Después de más de veinte años tocando con ella parecería que cada concierto es distinto. “Y sí”, bromea Rubén Lobo, el percusionista, refiriéndose a la canción con la que ella se despide bailando “yo nunca sé cuándo termina *La Luna Llena*”.

En la sala de migraciones del aeropuerto de Londres, saludará con paciencia a los admiradores. Sobre el tedio de las giras dirá: “Ésta es la vida del artista. Es muy difícil. Soy rehén de los hoteles.

Vos que podés salir, Albertito, tenés que ir a la Tate Gallery a ver los cuadros de Turner, no sabés cómo pinta el agua”.

Entre los miembros de la banda, los sonidistas Enrique García y Alejandro Goñi y el iluminador Carlitos Rivadeneira hay una llamativa camaradería. Pasean juntos por ciudades en las que estuvieron con ella ya muchas veces. Repiten viejos chistes.

En una cena en Milán, con su asistente María Mignano y su hijo y manager Fabián Matus, después de un plato de spaghetti aglio e olio y (mucho) peperoncino (“amo la comida italiana”) hablará de Yupanqui. “Era un hombre difícil pero un gran artista. El único concierto en que compartimos el escenario fue en el Cine Metro, organizado por la mujer de Ginastera. En el camarín me dijo ‘le dejé el negrito para que lo haga crecer’”. Otro himno.

La Luna desapareció detrás de los cascarones y se acerca el final de un concierto. En la Argentina todavía no es medianoche. Nos ponemos de pie y la banda arranca con una rearmonización de Popi que atenúa el militarismo de la introducción del Himno Nacional Argentino.

Quizá los países sean sólo abstracciones innecesarias que un futuro mejor absuelva, pero el hoy es el hoy, las raíces de un idioma compartido siempre estarán. La emperatriz de la canción americana empieza sola, con un definitivo “Oíd mortales...” y culmina recitando su propio colorario “juremos con gloria vivir”. En esa noche incomparable (lo escribo y no lo creo) yo canté el himno de mi Patria junto a ella, un 9 de Julio, en Roma.

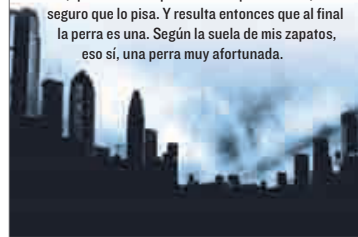


LA CIUDAD DE LA TURÍA

Merde!

MARGARITA GARCÍA

Que es buena suerte, me consuela E. cuando le digo que Buenos Aires está cundida, saturada, alfombrada en mierda de perro, y que esa mierda encuentra muy placentero el hecho de posarse en la suela de mis zapatos. Así que si es buena suerte, por favor, que a alguien ponga ya mismo ruletas en los parques. Hacerme rica, eso sí que me consolaría. El escenario es éste: llueve, hace frío y acabo de hacer dos cosas que se están volviendo muy habituales: comprar un paraguas y restregar la suela de la zapatilla en el pasto. Me encuentro con E. en la esquina de Retiro para ir a tomar un café, viene encapuchado y sonriente, lo saludo y es cuando le digo lo de la mierda. Le digo también que la lluvia convirtió mi pelo en virulana y que cambiemos el café por un tazón de chocolate o, mejor, por una copita de brandy. E. tiene que volver a la oficina, lo cual es típico de la gente que trabaja en oficinas. Esta gente tiene demasiadas limitaciones en la vida, como no poder hacerle un mimo a su hígado al mediodía. Optamos por el chocolate y E., que ha encontrado en el tema de la mierda de perro un imput interesante, me habla de un libro en el que se exponen casos de cómo distintas ciudades que padecen este problemita han decidido manejar el asunto. Las vías de solución se resumen en poner multas o cobrar un impuesto para que la municipalidad se encargue de levantar la caquita de Ruffo o convencer a la gente de no levantar la mierda de su perro equivale a bajarse los pantalones y agacharse en la vereda. La censura social es siempre lo más efectivo, pero también lo más difícil de conseguir. Le digo a E. que la veo complicada en Buenos Aires –y le pido perdón por el ensañamiento pero resulta que vivo acá–, teniendo en cuenta que en esta ciudad las mascotas tienen cierta inmunidad, y la señora que pasea al perrito por el parque se pone en actitud de querer restregarle su caquita en la cara cuando le dices que haga el favor de alejar a su perro, señora, por favor, que no me gusta que haga eso tan cerca de mí, ¿puede ser? Ya he estado en esa situación y la respuesta de la señora suele ser un latigazo del tipo: “Vámonos, Bichi, que acá no te quieren”. Y el perrito llora, seguro que lo pisa. Y resulta entonces que al final la perra es una. Según la suela de mis zapatos, eso sí, una perra muy afortunada.



PLAZO FIJO EN DÓLARES Y CAJA DE AHORROS

Cuente con las tasas que mejoran su rendimiento.

La perfecta combinación de seguridad y rentabilidad.

www.macro.com.ar

